



GUERRA DEL PACÍFICO

*Apuntes del Capellan
de la 1.ª División*

D. Ruperto Marchant Pereira

1879-1881

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA DE SAN JOSÉ
Avenida Condell, 36

1914





GUERRA DEL PACÍFICO

*Apuntes del Capellan
de la 1.ª División*

H. Ruperto Marchant Pereira

1879 1881

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA DE SAN JOSÉ
Avenida Condell, 36
1914





2219

Mucho se ha escrito acerca de la guerra del 79, sin que hasta ahora poco o nada se haya dicho del servicio religioso en el Ejército. He aquí por qué "LA REVISTA CATÓLICA" ha publicado estos *Apuntes*, que dan una cabal idea de lo que, como buenos soldados, con valor y entusiasmo, cada uno de los Capellanes supo cumplir, en medio de las penalidades de aquella rudísima campaña.

GUERRA DEL PACIFICO

I

ANTOFAGASTA

Junto con el señor Ministro don Cornelio Saavedra y numerosos jefes y empleados, a bordo del "Copiapó", partieron para el Norte los primeros capellanes, señor Florencio Fontecilla y señor Ruperto Marchant P. que, con anuencia de la Autoridad Eclesiástica, gratuitamente habían ofrecido sus servicios al Gobierno, desembarcando en Antofagasta, que había sido ocupada militarmente por nuestras tropas el día 14 de Febrero.

Durante la navegación, departiendo amigablemente con los oficiales, trataban de hacerles comprender que, sin la intervención del cielo de nada sirven las bayonetas y cañones, pues el que se llama el Dios de los Ejércitos, sabe dar la victoria a quien quiere y cuando quiere y que, por tanto, era preciso que todos se colocasen bajo la protección de Aquella que había sido jurada Patrona de nuestras armas; y, al efecto, comenzaron a repartir algunos escapularios; mas, como alguien titubease en recibirlo, adelantóse entonces uno de los marinos que hoy ocupa un puesto distinguido y, arrodillándose:—"Sírvase, capellán, dijo, colocarlo Ud. mismo sobre mi cuello"; y, luego, poniéndose de pie:—"Recordarán ustedes, agregó, la pérdida del "Eten". Navegaba yo en él, y fui uno de los pocos que conseguimos abordar un gran peñasco que se alzaba a regular distancia de tierra. Viendo que, con la alta marea, las olas poco a poco iban barriendo a los que sobrevivían y que ya llegaba la noche, me lancé al agua. En aquella lucha desesperada en que las fuerzas se agotaban y ya me sumergía, me acordé de una Señora del Carmen, a quien mi madre siempre invocaba, sintiendo en el acto que me estrellaba contra algo que flotaba, perdiendo

el conocimiento. Cuando volví en mí, me hallé botado en la playa, estrechamente abrazado de un trozo de madera al que debí la vida". Ya se comprenderá el efecto que produjo semejante narración.

Los capellanes, una vez instalados en Antofagasta, de acuerdo con el Vicario señor Mendoza, luego principiaron en el templo una misión, continuando en seguida en los cuarteles, con un trabajo ímprobo, pues pasó de ocho mil los que entonces recibieron los Sacramentos.

Entretanto, mientras el señor Fontecilla continuaba su labor, el señor Marchant recibió orden de trasladarse a Caracoles, donde, durante los cuarenta y cinco días que permaneció ahí, no cesó de evangelizar, recorriendo las innumerables callejuelas, encontrando a veces, revolcándose en el suelo, mujeres que asidas por los cabellos peleaban como perros.

Para formarse una idea del estado de aquel mineral baste decir que una noche, como hubiesen venido a buscarle para una confesión, el oficial de guardia:—"Capellán, le dijo, Ud. no sale si no va armado con este revólver"—"¿Cómo se imagina, le contestó, que yo fuera a disparar, aunque me quitaran la vida?"—"Entonces irá Ud. escoltado". Y así aconteció, encontrando a una desgraciada que agonizaba tendida en un miserable jergón, mientras al lado, separado únicamente por unas cuantas tablas, se desarrollaba la zambra más fenomenal.

Viendo que los Domingos casi nadie acudía a misa, de acuerdo con el jefe de la guarnición, coronel don Joaquín Cortés, se ordenó cerrar todos los chirivitiles, y que la tropa, haciendo un verdadero rodeo, acorralara la gente en la plaza, celebrándose la misa en el atrio del templo. El resultado no pudo ser más satisfactorio, pues todos los empleados de las distintas oficinas, venían después a dar las gracias por el día de descanso que ahora se les proporcionaba.

En estas circunstancias, se dió la orden de marchar sobre Calama. Al partir, formado ya el Regimiento 2.º de línea, rompiendo las filas, adelantóse uno de los soldados, que era araucano:—"Comandante, dijo, yo no voy al combate, si antes no recibo el bautismo". No había tiempo que perder: ya redoblaban los tambores y resonaban los clarines. Acercóse entonces el capellán y, tras de una rápida entrevista con el soldado, le administró el Sacramento. Las músicas rompieron con el himno nacional, y las tropas, vivando a Chile y armas al hombro, se lanzaron al desierto.

Terminada felizmente aquella campaña, un grupo de soldados del 2.º, fué a depositar en el templo una pequeña urna de la Santísima virgen del Carmen, que habían llevado y ahora traían con un arco formado de monedas de a cinco y diez centavos, de las mandas que habían hecho durante la jornada; lo que prueba la ardiente fe que entonces ardía en el alma de nuestra nación.

Mientras tanto, el 5 de Abril, día en que se había declarado la guerra al Perú, esa mañana, en el momento en que una salva anun-

ciaba la fausta nueva, presentósele uno de los artilleros, chorreando sangre, con las dos manos arrancadas por uno de los disparos. Atacado poco después del tétanos, terrible mal propio de los heridos, al darle la comunión, que el infeliz con instancias exigía, no pudiendo tragar la Sagrada Forma, hubo de retirarla al punto el capellán, en el instante en que se apretaban convulsivamente los dientes.—“¡Buena la escapada! exclamó el cirujano; por poco no le rebana como a cincel los dedos!”

Algunos días después, llegaba la orden de regresar a Antofagasta. El sacerdote volvía descorazonado, pues, fuera de la guarnición, su incesante trabajo apenas había obtenido pequeñísimo resultado. Por esto, al partir, ya avanzada la noche, mientras que la carretela que le conducía, descendía como una sombra:—“¡Pueblo ingrato, murmuró silenciosamente, como dice el Evangelio, merecías que se sacudiera sobre ti el polvo de las sandalias!” Pensó, y al punto estalló allá en la altura un incendio, cuyos resplandores siniestros se reflejaban pavorosos en el desierto, donde sólo se oía el chasquido de la huasca y gritos del conductor que animaba a las mulas, que se hundían en las sinuosidades de la cenicienta huella.

Al llegar a Carmen-Alto, punto de partida del tren, no se habría podido definir la figura del capellán. El viaje lo había tenido que hacer, parte a pie, parte en el pescante, pues, a la mitad del camino, todos los pasajeros incluso el conductor, iban completamente beodos; de manera que se vió obligado a coger él mismo las riendas y, a fuerza de:—“¡Arre mulita! ¡arre!””, pudo llegar a tiempo para alcanzar el tren que le condujo a Antofagasta, adonde llegó zarandeado, molido y casi muerto con aquella trágica jornada de cerca de cincuenta leguas.

Reanudadas de nuevo sus tareas, vino a interrumpir un poco la monotonía de tan penosos días el feroz cañoneo que, en una de esas noches, hizo retemblar la bahía. La alarma fué inmensa. Todos se precipitaban hacia la playa y se lanzaban a las chalupas y botes, creyendo que el “Huáscar” atacaba a los transportes. En medio de aquella batahola, los capellanes corrían también presurosos, no faltando hasta un militar herido, a quien, al ceñirse el revólver, se le escapó un tiro. Luego se supo que todo no había sido sino un mero zafarrancho de combate, que no dejó de tener sus consecuencias, pues, fuera de los desmayos de algunas señoras, al día siguiente no quedó una sola familia boliviana en la ciudad, las que, haciendo sus maletas:—“Hoy ha sido *de por ver*, se decían, mañana será de veras”.

Poco después, otra noche, despertó súbitamente el capellán, al sentir en su rostro el aliento de una persona que le decía:—“Ruega por un alma del Purgatorio”.—“Florencio!” exclamó, enderezándose en su lecho de campaña y encendiendo una luz. Todo estaba en silencio y la puerta de comunicación completamente cerrada. Eran las dos de la mañana.—“Alguien que ha muerto en mi fami-

lia”, se dijo, y se puso a rezar. Al día siguiente, al saber esto, el señor Fontecilla:—“¡Qué raro! dijo, apuntemos la fecha”. Era la noche del 21 de Mayo, no tardando en recibirse la sensacional noticia del sacrificio heroico de Arturo Prat.—“¡Él ha sido!” exclamó entonces emocionado el sacerdote, no cesando desde ese día de rogar incesantemente por él y sus compañeros.

El 25 entraba al puerto la “Covadonga”, y Condell, Lynch y Orella eran recibidos en triunfo. Aun parece oír la voz enronquecida de esos valientes que narraban los pormenores de aquel sin igual combate en que ellos mismos habían tenido que disparar los cañones.—“Yo querría, decía el teniente Orella, que se hiciera examinar el casco de la “Independencia”, perforado por nuestras balas de a setenta casi a boca de jarro, pues oíamos la voz del comandante Moore que nos pedía suspender el fuego”. Y Estanislao Lynch, con su pañuelo negro anudado a la garganta y su rostro inflamado por el entusiasmo:—“¡Arriaron la bandera, capellán, repetía, arriaron la bandera, y nuestro “Covadonga” se ha cubierto de gloria!”

Al día siguiente, al caer la tarde, presentóse el “Huáscar” en demanda de la goleta, que lo recibió a balazos, secundada por las baterías de tierra, retirándose al anochecer el monitor, sin dar resultado alguno el bombardeo de la ciudad.

Vibrantes los ánimos con tan heroicos hechos, luego volvió la monotonía de los primeros meses, mientras se organizaba y disciplinaba el Ejército, hasta que el 28 de Agosto se avistó de nuevo el “Huáscar” en son de guerra. Esta vez el capellán recibió orden de instalarse en el fuerte Sur.—“Nadie habla en la batería”, fué la primera voz de mando del capitán don Benjamín Montoya, al mismo tiempo que ordenaba cargar el cañón de a ciento cincuenta.—“¡Bala sólida!”, le dijo a media voz el capellán. El “Huáscar”, desplegando una enorme bandera roja, avanzaba brioso y soberbio:—“¡Fuego!” resonó en la batería. Un gran penacho de agua fué a bañar la cubierta del monitor, que retrocedió como un caballo violentamente sofrenado.—“¡Viva el capitán Montoya!” gritó batiendo su sombrero el capellán, a quien con el estampido, parecía le hubiesen arrancado la cabeza. Una bala de a trescientas, como un huracán, pasó silbando a cuatro o cinco metros por encima de la batería, yendo de rebote en rebote a estallar a retaguardia. Tras ésta, otra a pocos pasos hacia la derecha, y, una tercera, casi en línea recta. Una nube negra de tierra y de cascos de metralla envolvió la batería. Se creyó que el monitor hubiese acertado en el blanco; mas no fué así por fortuna, sino que una de nuestras granadas había reventado en la misma boca del cañón, sin causar la menor desgracia.—“¡Fuego!” volvió a repetir el capitán enardecido: la bala fué a dar de lleno en la popa del buque que se alejó hasta ponerse fuera de tiro. Sin duda este disparo fué el que hizo volar al famoso Cucalón, cuyo nombre se hizo proverbial. Un ayudante llegaba a escape por la playa y ordenaba cesar el combate. La noche

no tardó en diseñarse entre la bruma. Cuando amaneció, el “Huáscar” había desaparecido.

Algunas horas más tarde, llegaba al templo el comandante del “Abtao”, don Aureliano Sánchez Albaradejo, que tuvo que soportar impávido los disparos del enemigo, con su buque que se hallaba en reparación y los calderos descompuestos, habiendo tenido la desgracia de perder al primer ingeniero, don Juan Mery, y unos seis u ocho marineros. Venía a hacer preparar los funerales. El capellán, cuyo buen humor jamás le abandonaba, salió a recibirlo y, cuadrándose militarmente:—“¡Viva el comandante don Aureliano Sánchez Albaradejo, le dijo, que, en la rada de Antofagasta, al almirante Grau, le rompió el pellejo!” En ese instante el comandante, que era como el *petit Caporal*, se llevaba la mano al rostro, en donde lucía un buen parche, de un astillazo que, por poco, lo deja sin nariz.

Pasado algunos días, volvió de nuevo aquella inacción desesperante, en un lugar completamente árido, sin más agua que la resaca. De aquí cierto malestar que sordamente germinaba en el Ejército y que los sacerdotes, señores Fontecilla, Marchant, Valdés Carrera, Cruzat, Ortúzar, Cristi, Reverendos Padres Madariaga, Correa, Pacheco y Prebendado don José Ramón Saavedra, casi en vano se esforzaban por extirpar; y así aconteció una noche que, al recogerse el capellán a su carpa, de repente se presentó un soldado que llegaba despavorido, abrazándose de él y pidiéndole que lo favoreciera de otros dos de distinto regimiento que lo iban a ultimar.—“¡Miserables! les gritó, interponiéndose entre ellos, ¿cómo es posible que vayáis a cometer semejante crimen?”—“Perdone, capellán, contestaron a una voz, ha sido un momento de exaltación”. Y se perdieron en la oscuridad. Ya se comprenderá entonces cómo, para escarmiento, hubo necesidad de pasar por las armas, en un mismo día, a cinco soldados, correspondiéndole a él auxiliar a uno de esos infelices, para quien, en el postrer momento, al rayar el alba, celebró la santa misa, en un altar improvisado sobre unas cajas de guerra, en medio del regimiento formado en cuadro; terminada la cual, y después de darle la comunión, tratando de confortar su ánimo:—“¿No habías venido a morir?” le dijo—“Sí, contestó.—“Pues bien, haz cuenta que hoy se va a dar la batalla y que, por la misericordia de Dios, bien preparado, vas a caer en la refriega”.—“Créame, mi capellán, que muero contento”. En ese instante resonó la voz imperiosa y cortante de mando:—“¡Ya es hora!”—Redoblaron los tambores, la música rompió con una marcha fúnebre, y una carreta tirada por bueyes, comenzó a repechar el áspero faldeo, conduciendo al desgraciado, cuyas miradas el sacerdote procuraba desviar con el crucifijo que llevaba en sus manos, a fin de que no se fijase en una mujer que, estacionada en el camino, alzando los brazos al cielo caía desplomada: ¡era su esposa! Una vez en el banquillo, y ya atada la vista, cuando el heraldo:—“¡Por la nación, pre-

gonaba, pena de la vida, al que implorare perdón!", el capellán, con el corazón destrozado, rompiendo por entre la compacta multitud, se lanzó cerro abajo, sintiendo a lo lejos resonar la tremenda descarga.

Aun no volvía de las violentas impresiones de aquella mañana, cuando, al anochecer, le vinieron a buscar para ir a auxiliar, en los suburbios, a una moribunda, y se encontró con un cadáver, del que era necesario extraer una criatura.—"¡Un momento!" exclamó, y partió a escape hacia la ambulancia, donde, encontrándose con el cirujano mayor señor Gutiérrez:—"Doctor, le digo, tome su estuche y sígame". Al llegar casi sin aliento:—"Adelante, doctor, yo aguardo aquí".—Tres o cuatro minutos después aparecía el doctor en mangas de camisa, arremangados los puños, trayendo en sus manos palpitante y vivo un niño, que fué bautizado con el nombre de Luis.

"El Huáscar", mientras tanto, no cesaba en sus correrías. El almirante Williams acababa de ser reemplazado por don Galvarino Riveros, quien, maravillosamente secundado por el almirante don Juan José Latorre, pocos días después, el ocho de Octubre, triunfaba gloriosamente en Angamos.

Esa mañana, el capellán, preocupado con las noticias que desde Mejillones transmitía el telégrafo, al celebrar la misa:—"Madre mía, había dicho a la Santísima Virgen, si hoy nuestros marinos rinden al "Huáscar", a nombre del Ejército, te prometo una novena solemne". Al volver a la Ambulancia Valparaíso, adonde tenía ahora su alojamiento, a cada paso se detenía, porque le parecía oír un cañoneo lejano, de tal suerte que, al entrar en la carpa de los oficiales:—"¿No sienten ustedes? les dijo; parece que ha comenzado el combate". En ese momento llegaba al galope el ayudante Dardignac, con un pliego cerrado para el jefe de la Ambulancia.—"No les decía? continuó impertérrito el capellán, en ese oficio se ordena el embarque inmediato de la Ambulancia con rumbo a Mejillones".—"¡Exacto!" interrumpió el doctor Martínez Ramos, y una hora más tarde, junto con el Estado Mayor, partían a bordo del "Copiapó".

De aquella memorable travesía, en que el júbilo rayó casi en locura, ¿cómo no recordar a los dos jóvenes tenientes del "Chacabuco" don Jorge Cuevas y don Pedro Urriola, cuyos restos, el mismo sacerdote con quien ahora fraternizaban, muy pronto tendría que ir a buscar en los arenales de Tarapacá?

Imposible describir el aspecto que presentaba el "Huáscar", con aquel hacinamiento de escombros, como si hubiera sido sacudido por un violento terremoto, regueros de sangre, cadáveres que asoma-

ban por las cofas y, en el departamento de las máquinas, que se hallaban intactas, una pobre oveja que balaba tristemente. Los prisioneros comenzaron a desfilar. Ahí estaban representadas casi todas las naciones, entre ellos un francés que narraba los pormenores del combate, y la muerte del almirante Grau, a quien una bala arrancó el brazo derecho y una granada pulverizó; y el segundo comandante, don Elías Aguirre, a quien otra bala de cañón rebanó la cabeza por los dientes como si lo hubiera sido por un mandoble; mientras don Diego Ferré, el tercer jefe, sin lesión alguna aparente, manando sangre por las narices y oídos, caía dentro de la torre al lado de su compañero, el teniente primero, don Melitón Rodríguez.

Entre tanto, en nuestras naves, fuera de unos pocos heridos, la única víctima fué, en el "Cochrane", el grumete Domingo Johnson, que era siempre el acólito del capellán señor Camilo Ortúzar, y que expiró balbuceando el nombre de su madre.

A la mañana siguiente, el capellán celebraba en el puerto la primera misa, siguiendo luego las exequias, y dándose sepultura a todos los cadáveres, con los honores de ordenanza.

Vueltos a Antofagasta, el general Escala hizo suya la promesa que había sido hecha a nombre del Ejército, comenzándose en la iglesia una solemnísimá novena a nuestra Reina y Señora, con asistencia, por turnos, de los distintos regimientos.

Al terminar la novena, era día Domingo, y el ejército escalonado en la plaza, asistía a la misa que se celebraba en el pórtico. De repente se oyó la voz:—"¡El "Huáscar" a la vista!" Todo el mundo se precipitó hacia el mar, volviendo luego con la gran bandera sostenida por cien manos y desplegada a guisa de cortina sobre las cabezas, la que fué colocada en el templo a los pies del trono de la Santísima Virgen. El señor Fontecilla entonó entonces el "*Te-Deum*", mientras las campanas eran echadas a vuelo, y se esparcían desde la torre centenares de impresos, con una proclama del general en jefe, terminando la fiesta con una brillante improvisación del capellán de marina señor don Carlos Cruzat.

Libre el mar, dióse la orden de embarque, para operar sobre las costas del Perú, efectuándose entonces la más imponente ceremonia que es posible imaginar. El Ejército entero formaba en la plaza y calles adyacentes, y la Santísima Virgen, colocada sobre una cureña primorosamente arreglada, fué paseada en triunfo, escoltada por los principales jefes que sostenían los cordones que pendían de la Imagen. Al pasar, resonaban las músicas marciales, tromaban los cañones, se inclinaban los estandartes, y un grito unánime de alabanza y amor se elevaba hasta el cielo. Fué quizás aquél el más hermoso día de la trascendental campaña que se iniciaba, y que iba a ser tan gloriosamente coronada.

II

PISAGUA—DOLORES—TARAPACA

Durante la navegación, el capellán, a bordo del "Abtao", no encontrando un lugar a propósito para oír las confesiones, al llegar la noche, se trepaba sobre el toldo de cubierta, tomado de las jarcias, y ahí administraba el sacramento ante la inmensidad del océano, surcado por diez y ocho naves en convoy que, con sus negros penachos de humo y con sus luces multicolores, se dibujaban en rededor.

Al amanecer del día dos de Noviembre, la escuadra estaba a la vista de Pisagua, rompiendo poco después el fuego el "Cochrane", siguiéndose un rudísimo combate de tres horas, hasta enarbolar la bandera en el campamento del enemigo, situado sobre una altiplanicie elevada a más de trescientos metros sobre el nivel del mar.

No se puede describir el efecto aterrador de los cañones y de aquel nutrido fuego de fusilería, junto con el incendio y derrumbe de los edificios. Algunas lanchas que atracaban en busca de nuevos contingentes, llegaban medias de agua teñidas en sangre.

Al desembarcar el capellán, el comandante Santa Cruz, como un león, espada en mano, arengaba y distribuía algunas tropas de Zapadores, Buin, 2.º y 4.º de línea, que trepaban por las arenosas laderas, desalojando a los bolivianos en su porfiada y tenaz resistencia, mientras el Atacama coronaba ya las alturas. Un individuo, cubierto con una larga bata y con un pañuelo blanco en la mano, descendía cerro abajo:—"¡No lo maten!" gritó el capellán a unos soldados que fijaban ya los puntos. Era un maquinista del tren, que días antes se había quemado con la explosión de un caldero; estaba en el hospital cuando comenzó el bombardeo y huyó hacia arriba, y ahora que el Atacama se apoderaba del campamento, huía de nuevo hacia abajo.

Los heridos comenzaron a ser transportados al hospital y, desde el día siguiente, el sacerdote se ocupó en hacer enterrar a los muertos, que eran llevados en carros de manos y colocados en los fosos, entreverando un chileno con tres o cuatro bolivianos, a fin de que allí al menos descansasen verdaderamente en paz.

Nuestras bajas ascendieron a 58 muertos y 155 heridos; y las del enemigo, según sus cómputos, a 689 entre muertos, heridos y desaparecidos, cifra alzada que se explica por el mortífero fuego de la escuadra.

Entretanto, la completa escasez del agua vino a agravar la situación, pues no había sino la que, con gran trabajo, hacía resacar el

señor don Federico Stuyen, que, en esta ocasión, fué el verdadero salvador del Ejército. A esto se agrega la absoluta carencia de víveres, pues no había sino charqui, harina y durísima galleta.

Así las cosas, llegó el día 19, en que el telégrafo anunció que, en Dolores, los aliados atacaban la división Sotomayor. En el acto el capellán, acompañado de tres jóvenes de la Ambulancia Valparaíso, partió en esa dirección. Había que repechar el San-Roberto, encumbrado cerro que arranca de la altiplanicie, por donde va la línea férrea, que fué la senda que siguieron. Oíase el lejano cañoneo y, a medio camino les sorprendió la noche con una espesísima canan-chaca. Caminaban de a uno en fondo, encabezados por el sacerdote, que, al divisar el reflejo de una vislumbre:—“¡Jazpampa!” gritó a sus compañeros, y casi al mismo tiempo, con voz de espanto:—“¡El tren! el tren!” volvió a repetir, dejándose caer del caballo y tomándolo de las riendas para sacarlo fuera de la línea y lanzarlo cuesta abajo, porque ahí el cerro, casi en la roca viva, se halla cortado a pique. En menos de un segundo, como un rayo pasó el tren de bajada, alcanzándose a percibir los gritos de los palanqueros, al divisar el grupo que se revolvía entre los peñascos. Cuando, encendiendo fósforos, pudieron reconocerse y verse salvos:—“¿A quién se ha encomendado, capellán?”—decían los jóvenes medio aturridos. Con no poco trabajo lograron al fin llegar a Jazpampa, alojándose en el horno de una calichera.

Al amanecer, al entrar a Dolores, las tropas aguardaban firmes en sus puestos. Poco a poco comenzó a despejarse el horizonte y, con gran sorpresa, se vió que el enemigo había desaparecido, dejando enfilada toda su artillería con sus cajas y pertrechos, junto con todo el bagaje, carpas, rifles, banderolas; y el campo sembrado de vestuarios, víveres, municiones, cornetas, bombos, trombones. Aquello hacía recordar algunos de esos pasajes bíblicos en que, un puñado de hombres, bastaba a veces para poner en vergonzosa fuga a numerosas y aguerridas huestes.

Al pasar cerca de la garita del telégrafo, donde el coronel don Emilio Sotomayor redactaba su mensaje, el capellán, deteniendo su caballo y señalando el estandarte del Carmen, regalado por las señoras de Santiago, que estaba ahí:—“Coronel, le dijo, ahí tiene Ud. quien nos ha dado la victoria”. Palabras que se vieron confirmadas por el general boliviano don Carlos Villegas, que estaba herido en “Porvenir”, y a quien el sacerdote, por orden del general en jefe, fué a visitar:—“¿Cómo se explica Ud., señor, este desastre? le dijo en la altura, el que introdujo la confusión en nuestras filas”. Y ésta era la verdad, pues todo el combate se redujo al cerro de la Encaña-

da, en cuya cima estaba la división Amunátegui, compuesta de ocho piezas de artillería, el regimiento 4.º de línea, y los batallones Atacama y Coquimbo.

En el momento en que el enemigo, favorecido por las ondulaciones del terreno, llegaba casi hasta los mismos cañones, y en que el Atacama cargaba a la bayoneta, se presentó por retaguardia el general Escala, seguido de su Estado Mayor y del capellán Reverendo Padre Madariaga, que traía en sus manos el estandarte de Nuestra Señora. La división que todo el día había enmudecido, en medio de los vivas y tocatas marciales, y bravatas del numeroso ejército aliado, que se creía ir a un triunfo seguro, prorrumpió entonces en el unísono grito de:—“¡Viva Nuestra Señora del Carmen! ¡viva la Patrona del Ejército!” introduciéndose al punto el desorden entre las filas del enemigo que, sin dirección ni objeto, quemaban sus municiones, produciéndose un ruido que aturdió y una confusión que no tardó en envolverlo todo. Así se explica que nuestros soldados durante toda la noche permanecieron en sus puestos, pues creían que al amanecer se daría la batalla.

Nuestras bajas sólo ascendieron a unos sesenta muertos y ciento sesenta heridos, pudiéndose contar entre los primeros a Espinar, valiente jefe peruano, que cayó con su ayudante, como a quince metros de nuestra batería, dando orden el general Escala al capellán que, al enterrarlo plantara una señal, para devolverlo más tarde a su familia; lo que hizo, colocando una cruz y guardando algunas prendas que sirvieran para comprobar su identidad.

Como en Pisagua, tuvo que dedicarse al cuidado de los heridos. En sus idas y venidas a Porvenir, Santa-Catalina y Huáscar o Chinquiquiray, donde había algunos, más de una vez le sorprendió la noche, corriendo serio peligro, por disparos hechos desde las calicheras, quizás por nuestras avanzadas al sentir el galope del caballo.

El 27, volviendo de esta última oficina, cruzó con un Cazador que venía lleno de tierra y le dijo al pasar:—“La división Arteaga en retirada”. Le había llegado su turno al general Baquedano que, en ausencia del general Escala que se hallaba en Iquique, momentos después, con una precisión admirable, movilizaba todas las tropas acantonadas en las distintas oficinas, siguiendo por la línea férrea su no interrumpida marcha hasta las dos de la mañana, en que se hacía alto en “Dibujo”, que enfrenta a “Tarapacá” a una distancia como de quince leguas, de un verdadero mar de arena, donde no se encuentra más vegetación que unos cuantos tamarugos que aparecen como gigantes, donde se estrella el continuo viento que reina, levantando nubes de polvo que irritan los ojos y secan la garganta.

Hacia un frío penetrante; algunos soldados encendieron una

fogata, a cuyo resplandor se divisó un soldado del 2.º que llegaba con su ropa de brin cubierta de sangre apelmazada. El capellán le condujo al punto a la presencia del general Baquedano que, rodeado de algunos jefes, en una reducida estancia, alumbrada por una vela encajada en una botella, dictaba sus órdenes. Oyendo la palpitante narración que hizo el soldado de aquella heroica jornada, el coronel Urriola, temeroso de la suerte de su hijo que militaba en el Chacabuco, solicitó junto con el capellán, trasladarse allá. El general dispuso que el coronel partiera con cincuenta Cazadores, y el capellán con los doctores Martínez Ramos, Klieman, Molina y un empleado de la Ambulancia Valparaíso.

Fué entonces cuando el sacerdote tuvo la feliz suerte de encontrar en el campo el hermoso cuadro de la Inmaculada Concepción, que cortó del antiquísimo marco en que se hallaba y envió a Santiago. Esta tela de un valor inapreciable, puede considerarse hoy día como una verdadera reliquia, debiendo advertir que el hallazgo se verificó en el mismo día en que la Iglesia celebra la fiesta de la "Medalla Milagrosa" o sea, de la "Inmaculada Concepción", que era la insignia que él distribuía a los soldados, por ser ésta su más dulce y particular devoción. Y no es menos notable, cómo aquel pequeño envoltorio hecho a la ligera y enviado desde aquel páramo, en medio de las agitaciones de un día de batalla, pudo llegar a su destino. Con razón esta preciosa Imagen de tamaño natural, ha sido colocada en un puesto de honor y bautizada con el nombre de la "Virgen del Desierto", que simboliza perfectamente el de la vida, que todos atravesamos, muchas veces, sin rumbo ni dirección.

El coronel y los cincuenta Cazadores seguían entre tanto su rápida marcha, yendo en pos el grupo de la Ambulancia con los elementos necesarios, lo que retardaba su avance, de tal suerte que, ya entrada la noche, los Cazadores volvían trayendo atados de cañas verdes para sus cabalgaduras, dando orden el coronel de pernoctar ahí, pues en la quebrada habían sentido repetidos disparos.—"Esto no es posible, repuso el sacerdote; hemos venido a auxiliar a los heridos, y cualquier retardo sería fatal; uno sólo que logremos salvar, daríamos por bien empleado nuestro viaje. ¡Adelante, pues, y que Dios nos proteja!" Y así lo hizo, seguido de sus cuatro compañeros. Aún no había trascurrido media hora, cuando encontraron el primer herido, el cual, después de confortado y vendado, se echó a la grupa, comenzando a descender a la quebrada. La luna estaba espléndida, descubriendo el camino que serpenteaba hasta llegar a un corral sembrado de cadáveres, que denotaban la tremenda lucha que habían sostenido, pues aun tenían rifles en las manos.—"Amigos, murmuró el capellán, las escenas que presenciamos, no se nos podrán olvidar jamás".—"¡Quién vive!" gritó una voz.—"¡Chile!" contestó el grupo entero, apareciendo entre los cañaverales unos cuantos rezagados.—"Ahora, dijo de nuevo el sacerdote, juntando sus manos a modo de bocina, gritemos a una voz:—"¡Ambulancia Valpa-

raiso!" El eco de aquel grito repercutió por la quebrada, resonando en las laderas el triste clamoreo de:—"¡Agua, agua! agua!" y disparos en todas direcciones. Eran los heridos, para indicar en dónde se hallaban. Siguiendo adelante, encabritáronse los caballos ante un gran rescoldo de restos humanos dentro de una casa en ruinas: era la pira donde fueron quemados Ramírez y un buen número de soldados, junto con dos cantineras. Una luz apareció a distancia, en una puerta que se entrecabría. Acercóse el capellán:—"Yo soy ño Zúñiga, murmuró el que tenía la vela en la mano; soy argentino; toda la familia de mis patrones ha huído, quedando yo solo con mi hijo, en resguardo de sus intereses".—"Nada tema, soy sacerdote y acompaño una Ambulancia; permítanos a su hijo para que nos guíe hasta el pueblo". El niño comenzó a andar, y el capellán al ver la corriente silenciosa del agua cristalina, echó pie a tierra y se puso a beber a sorbos. Hacía nueve meses que no probaba sino el agua resacada.

Al llegar a la plaza, cerca de media noche, salió a recibirlos un caballero peruano con la insignia de la "Cruz Roja", que cuidaba en una casa a varios jefes y oficiales cuyos ayes se sentían, presentándose al mismo tiempo unos cuantos jinetes que andaban en busca de unas acémilas extraviadas del ejército que se retiraba hacia Arica. En aquel momento, para que naía faltase a aquella pavorosa noche, se sintió un fuerte remezón de tierra. La luna daba de lleno sobre la iglesia de piedra un tanto derruida por un antiguo incendio. Hacia un lado se alzaba un rimero de cadáveres, cruzados como sacos de trigo, medio carbonizados. Fué la última hazaña del enemigo al abandonar el pueblo.

Al día siguiente, al alba, el capellán se zabullía en el espumoso arroyuelo que en cascadas saltaba entre los peñascos, para comenzar en seguida su tarea, trepando por detrás de la iglesia, que fué precisamente por donde el coronel don Belisario Suárez tomó las alturas, que los nuestros no debían haber abandonado. En la cumbre había una cantidad de armas, y, en una hondonada, más de cuarenta soldados peruanos con sus vendajes, medio recostados, apoyándose los unos en los otros: todos estaban muertos. Lo mismo en la quebrada, en cuyos senderos y pircas se veían agrupados, logrando sin embargo salvar un buen número de heridos.

El combate, que duró ocho horas, fué entre 2.278 hombres de nuestra parte, por más de 6.000 de los contrarios. Nuestras bajas ascendieron a 546 muertos, 170 heridos y 59 desaparecidos. Las del enemigo, según sus cómputos, a 500 muertos 260 heridos y 80 desaparecidos; de manera que, cerca de mil quinientos hombres quedaron tendidos en esa luctuosa pero heroica jornada.

Difícil dar una cabal idea del aspecto que presentaba el pueblo. Aquello había sido un sálvese quien pueda. Todas las casas se hallaban desiertas, no faltando nada en aquel verdadero oasis, lugar de solaz y recreo de las salitreras. Veíanse ricos muebles, colgaduras,

pianos, espejos, cuadros, y los roperos y cómodas repletos. Las cocinas con sus ollas en el fogón apagado y los comedores servidos, sin faltar ni el azúcar en las tásas. Fué preciso dar libertad a las avecitas que pugnaban en sus jaulas y romper sacos de granzas para esparcir en los gallineros. Aquélla era como una ciudad encantada; de manera que, durante los nueve días que permaneció ahí la Ambulancia, nada faltó para el cuidado de los heridos, entre los que merecen particular mención el teniente coronel don Bartolomé Vivar, segundo comandante del 2.º, que falleció con los brazos extendidos y los dedos de sus manos en forma de cruz, y el valiente capitán del mismo regimiento, don Bernardo Necochea.

Allá en Caracoles, sus compañeros le embromaban por su acendrada piedad, y él, sonriendo, decía al sacerdote que no lo abandonara cuando llegase la ocasión, que aquí se presentó, pues, batiéndose como un león, cayó con las tripas afuera, molido a culatazos y la ropa hecha jirones y en partes quemada con los fósforos que le allegaron:—"Capitán, díjole al oído el capellán, vengo a cumplir la promesa que le hice en Caracoles".—"¡Gracias, gracias! balbuceó él, pero, aun no ha llegado el momento, pues para el día del Niño Jesús, yo me levanto!"—"Está delirando, repuso en voz baja el doctor Martínez Ramos: la fiebre lo devora; difícilmente durará tres días". El capellán velaba a su cabecera.—"¿No ve? decía el enfermo, señalando la lámpara encendida: "Ahí está la Virgen del Carmen, y, ahora, Nuestra Señora de Dolores. Mire ese niño tan lindo; ya viene; aquí está ; qué sedosos son sus cabellos!" Y hacía además de acariciarlo con su mano maltratada.—"Y esas señoritas tan hermosas que me miran y se sonríen; son del cielo!" Estos y otros semejantes soliloquios pueden dar una idea del temple del alma de aquel soldado que, como refirió después, la noche que precedió a la batalla, en el sueño, había visto todo su regimiento amortajado.

Nueve días se pasaron de esta suerté, hasta que llegó la orden de trasladar los heridos al campamento de San-Francisco, para lo que se cargaron las mulas con tercios formados con poltronas de junco; y, para conducir al capitán que aun sobrevivía, se armó una parihuela llevada a hombros, hasta trepar a la cumbre, donde aguardaba un carro de la Ambulancia.

Era la noche del 7 de Diciembre, con una camanchaca que no permitía ver ni las manos, de manera que era preciso estrecharse y dar voces para no desviarse de la huella. Como a las tres de la mañana hizo alto la caravana para tomar algún descanso. Cuando despertó el sacerdote, se halló en un montón de arena, tan abrigado como si estuviera en el más mullido lecho, pues el sol le daba de lleno.—"¡Ocho de Diciembre! se dijo, aniversario de mi primera misa; puede que, adelantándome, alcance a celebrar". Y sin más decir, se lanzó a la pampa. Cerca del mediodía, perdida ya la esperanza, se detuvo al pie de un tamarugo:—"Aquí, se dijo, voy a celebrar espiritualmente mi misa", y, arrodillándose, comenzó su

oración armonizada por el viento que, entre las ramas del árbol, formaba la más inimitable melodía. Al terminar, apareció un perrito que ladraba, saltaba y como que le insitaba a seguirlo; lo que hizo, en efecto, el sacerdote, yendo en pos de aquel guía que, en pleno desierto, le enviaba el cielo. Así anduvo hasta divisar a lo lejos un jinete que, carabina en mano, le intimaba detenerse. Era la primera avanzada del campamento de "Dibujo", en donde, al llegar, desapareció el perrito, mientras el caballo caía de repente muerto. Al presentarse al general Baquedano para darle cuenta de su comisión:—"Ambulancia Valparaíso, dijo, capellán, bien, gracias".

Instalado de nuevo en San-Francisco, la víspera de la Pascua de Navidad, al anoecer, fué a cobrar la palabra al capitán Necochea, quien, incorporándose en su lecho:—"Soldados, dijo, a los heridos que estaban en el mismo recinto, mañana va a comulgar vuestro capitán: ¿habrá alguno que no lo imite?" Como en ese día los sacerdotes celebran tres misas, la primera, les sirvió de preparación; en la segunda todos recibieron la sagrada comunión; y la tercera, fué en acción de gracias.

A la hora del almuerzo, estando reunidos todos los empleados de la Ambulancia, de repente se abrió una puerta y, en medio de la estupefacción general, apareció el capitán Necochea que, vestido con el traje de un oficial peruano, apoyado en el brazo de su hijo don Manuel, sargento del 2.º, avanzó hasta la cabecera de la mesa, y sentándose:—"Caballeros, dijo, yo les había dicho que, para el día del Niño Jesús, yo me levantaba". Pudieron oír entonces de los labios del sargento, la famosa odisea de su cantiverio, su escapada al través del desierto, y, lo que es verdaderamente admirable, el encuentro con su padre el mismo día del Niño Dios. ¡Qué escena cuando se estrecharon en el más apretado abrazo, y cuando aquel valiente y audaz joven, con voz resuelta, le dijo:—"¡Padre, yo juro que he de vengar tu sangre!" Y así fué, pues, en Tacna, sin poderlo contener, se lanzó al medio del combate y peleó hasta morir.

Mientras tanto, la mayor parte del Ejército se había reunido en Dolores, donde el Capellán todos los Domingos iba a celebrar la misa. ¡Qué impotente era aquel acto! El Altar sobre una cureña arriba de la loma, y, en torno, más de nueve mil soldados, cuyas bayonetas fulguraban con los primeros rayos del sol, que aparecía en el horizonte rasgando, como si fuese una inmensa cortina, la espesa camanchaca; a lo lejos, el tren humeante que detenía su marcha; y, luego, el redoble de los tambores, las músicas marciales, y hasta la misma noble figura del general Baquedano que, con su corneta de órdenes, como una estatua se dibujaba al lado del altar. Con

razón el sacerdote, cuando alzaba y todo el ejército rendía armas, se quedaba suspenso, no resolviéndose a descender tan pronto la Hostia divina ante aquella sublime adoración.

III

PACOCHA—MOQUEGUA—LOS ÁNGELES—TORATA—LOCUMBA

Quedaba terminada lo que se podría llamar la primera campaña. El éxito había superado las mayores expectativas. En cuarenta días, Chile se había adueñado de un inmenso territorio de centenares de leguas, con dos mil ochocientas millas de terrenos salitrales, avaluados en veinte y ocho millones de libras esterlinas, con una renta anual de diez millones de pesos. Se había posesionado además de cerca de doscientas millas de telégrafos y ferrocarriles, valorizados en más de veinte millones de pesos, y otro tanto valor de las oficinas. El Perú había perdido la provincia íntegra de Tarapacá hasta el grado 19, con los tres puertos de Patillos, Iquique y Pisagua, es decir, una población como de doscientos mil habitantes.

Se veía que la mano de Dios guiaba el Ejército, que había ido de triunfo en triunfo. Es que también ese Ejército le invocaba sin cesar. Durante ocho largos meses se había preparado en Antofagasta, recibiendo los santos Sacramentos de penitencia y comunión. Al partir, después de una solemnísimas Novena, había aclamado a su Reina y Señora, y en todas las etapas de esa legendaria campaña, jamás había faltado diariamente el altar con su ofrenda divina, así como el Arca santa que acompañaba siempre al pueblo de Israel. Por esto, Dios los había bendecido tanto en tierra como en el mar, donde, desde la nave capitana, en cuya cámara se ostentaba la Imagen de la Santísima Virgen, hasta en el último transporte, se la invocaba con el dulce nombre de Madre, llevando los marineros, así como los soldados, el Escapulario del Carmen, que era la muestra o contraseña de haber cumplido con sus deberes religiosos.

Y aquí cabe preguntar: ¿podría ser vencido semejante Ejército? Y, bien claro cabe también decir, mal que pese a los librepensadores e incrédulos: "He aquí el gran secreto de todas nuestras victorias". Y esta verdad que los mismos acontecimientos van patentizando, como se ve en el triunfo providencial de la "Covadonga"; en el no menos admirable de Dolores y, sobre todo, en la rendición del "Huáscar", pues, si bien se considera, no tan pronto hubo tomado

el mando el capitán de navío señor don Galvarino Riveros, no sin haberse antes confesado y comulgado, y hecho colocar en su buque, como ya se ha dicho, la Imagen de la Santísima Virgen, cuando a los pocos días el tricolor flameaba en aquel barco cuya captura parecía casi imposible, y esto sin más pérdida que la de un grumete, cuando nuestros marinos se hallaban dispuestos hasta a sacrificar uno de los blindados con tal de hundir al monitor enemigo; razón por la cual el general en jefe, señor don Erasmo Escala, hombre de eminente piedad, hizo suya la manda que había sido hecha a nombre del Ejército, confirmando de esta manera lo que, al partir de Valparaíso, habían dicho los Capellanes: "Que sin la intervención del cielo, de nada sirven las bayonetas ni los cañones, pues es el Dios de los Ejércitos el que sabe dar la victoria a quien quiere y cuando lo quiere".

Entretanto, escalonadas las tropas desde el campamento de Dolores, comenzaron a replegarse hacia Pisagua, donde se hacían los aprestos para las nuevas operaciones cuyo objetivo era Tacna. Durante esos penosos días el capellán, en sus horas de descanso, acostumbraba ir a rezar su oficio entre unas rocas batidas por las olas, lugar hermoso que luego hubo de abandonar, por un disparo hecho desde un buque mercante, yendo la bala a incrustarse a un paso de él.

Acaeció también entonces que un Domingo, al dirigirse a la plaza que, aunque reducida a escombros, era el sitio donde se decía la misa a la tropa, al pasar por la estación, vió una cuadrilla que estaba ensacando salitre:—"Hoy es Domingo, les dijo, y no se puede trabajar. Voy a celebrar la misa y espero que Uds. asistirán". A la vuelta, al ver que aún seguían en su tarea:—"¡ Ah! les repitió, no habéis asistido a misa! ¡quiera Dios que algún contratiempo no os venga a molestar!" Todavía no llegaba al Hospital, cuando resonó el grito de ¡incendio! Todo el salitre ardía, los rieles se retorcián enrojecidos y los trabajadores se precipitaban hacia el mar.

Al Domingo siguiente, estando junto con los empleados, observando una gran balsa que se acababa de terminar y que un remolcador venía a llevar, el sacerdote volvió a decir:—"Hoy es Domingo y no se puede trabajar". En ese instante, al dar la embarcación el primer impulso, a pesar de hallarse el mar completamente tranquilo, se alzó una ola que envolviendo la balsa la fué a estrellar haciéndola pedazos.

No tardó la peste maligna en hacer su aparición. Llamado el capellán para auxiliar a unos diez o doce soldados que habían sido relegados a un recinto del todo aislado, no pudo evitar la fuerte im-

presión que le causara el aspirar aquella atmósfera pesada y nauseabunda, y al tener que acercarse para oír sus confesiones, casi hasta tocar su cara con aquellos rostros denegridos y monstruosos, donde apenas en la frente se descubría un trozo de piel para poder aplicar la santa unción. Al retirarse, ya con escalofríos:—“Esta es la peste, se dijo ¡que se haga la voluntad de Dios!” Al acostarse, sus brazos aparecían cobijados de sarpullido:—“Pues bien, Madre mía, dijo con la más entera confianza a la Santísima Virgen, si mañana no estoy completamente sano, tomo el primer vapor y me vuelvo a Santiago”. Cuando despertó, no quedaban ni rastros del mal.

Alojado en el hospital, luego tuvo que ir a auxiliar a otro enfermo que agonizaba a pocos pasos de él. Al volver—“¿Sabe, capellán, le preguntó el doctor, qué enfermedad es la que aqueja a ese infeliz?”—“La fiebre amarilla”.—“¡Chito! murmuró el doctor, que nadie lo sepa, por favor”.

Con tales antecedentes, que se mantuvieron ocultos, por fortuna, había urgencia en apurar la partida. Por fin, el 24 de Febrero zarpaba la escuadra con rumbo al norte, conduciendo en un convoy de diez y siete naves, de 10.500 a 11.000 hombres de todas armas, con todos sus pertrechos, desembarcando con toda felicidad en Pacocha, sin encontrar resistencia alguna; fuerza que, pocos días después, con el arribo del último contingente que había quedado en Pisagua, se elevó a 12.800 soldados, todos animados del mayor entusiasmo.

Con esta aglomeración y lo ardiente del clima, no tardó en aparecer una verdadera plaga de moscas que en las ambulancias extirpaban por medio de regueros de azúcar y pólvora, a modo de torpedos. Una copa con unas cuantas gotas de licor, se transformaba en un verdadero pan que se arrojaba al fuego. El Estado Mayor, temiendo una epidemia, ordenó baño cotidiano para todo el Ejército.

En los primeros días, era de ver la confianza de algunos soldados que, junto con su capellán, se internaban por las orillas del Illo, atraídos por la exuberante vegetación que se extiende desde la playa como un pintoresco tapiz, hasta perderse entre las higueras, paltos, granados, limoneros y olivares, cuyo fruto y aceite son uno de los artículos de mayor consumo en Pacocha, llamando particularmente la atención los encumbrados árboles que producen la cañafistula, que hacía recordar al muy querido y respetado profesor de latín del Instituto Nacional, tan conocido por ese pseudónimo, y por su peculiar estribillo: *Multa repetita: candonga, candonga, candonga*. Algunos soldados se zambullían en la corriente; otros pescaban camarones; y otros, como el capellán, llenaban las alforjas de limones. En una pobre estancia moraba una familia al parecer patriarcal, y rogaron se les bautizase una criatura, lo que se hizo con gran alboroto de las comadres y compadres, completamente olvidados de la guerra y sus horrores, y sin acordarse que ese suave y dulce rayo de sol, que nos hacía recordar la patria lejana, podía en un instante convertirse en la más tremenda desventura.

Luego se comenzó a bordo del "Blanco" una misión. Como en el Ejército, conmovía el canto de todo el equipaje, entonando los himnos que nuestro piadoso pueblo sabe de memoria. El comandante Castillo, ex-condiscípulo del capellán en los SS. CC., junto con la oficialidad, daba el ejemplo, asistiendo a las instrucciones apropiadas para aquellos lobos de mar, y, al oírlos, no podían menos de decir:—"Vaya, capellán, Ud. todo lo facilita; de esta manera, nadie se quedará sin confesar". Y así era la verdad, porque todos sin excepción acudían presurosos a reconciliarse con su Dios.

Aun no terminaba la misión, cuando llegó al sacerdote la orden de trasladarse a Moquegua, donde esa mañana (22 de Marzo) se batían en la cuesta de Los-Ángeles, partiendo inmediatamente en el tren, junto con el general en jefe y su Estado Mayor. Al llegar al "Alto de la Villa" hallándose el puente un tanto destruido, hubo que continuar a caballo, trepando por la misma cuesta donde el Atacama se acababa de cubrir de gloria. Allí estaban las trincheras de esa fortaleza natural que los enemigos creían inexpugnable; allí estaban las municiones y rastros de los fugitivos cuyas pisadas picaba el alférez Ilabaca con su piquete de Cazadores, hasta tres leguas más allá de Torata, mientras el Bulnes tomaba tranquila posesión del pueblo. Resonaban las trompetas y la gente huía despavorida hacia la montaña, arriando los burros con sus árguenas repletas de niñitos, que el capellán trataba de calmar repartiéndoles medallas, lo cual visto por el general Escala desde un balcón:—"¡Al capellán, les decía a los niños, al capellán!" Era una hermosa escena en medio de aquel cuadro tan desconsolador.

La vuelta a Moquegua se emprendió por el lado de la quebrada de Tumilaca, que fué por donde atacó la división Muñoz. Varios heridos habían sido recogidos en los caseríos vecinos, llegando muy a tiempo el sacerdote para contener a unos seis u ocho rezagados que andaban merodeando. Una vez que les hizo entregar los rifles, siguió a galope, llevando en el arzón de su montura un chiquitín que chupaba un pedazo de caña de azúcar, mientras el empleado que le acompañaba llevaba en sus manos un loro, y en esta sin igual apostura hicieron su entrada triunfal en Moquegua, yendo en seguida a recoger en el campo al ingeniero en jefe señor don Federico Stiven que acababa de ser víctima de un accidente gobernando la máquina "Chilenita" del ferrocarril. En un estado mísero, con la cabeza partida, estuvo varios días entre la vida y la muerte, debiendo su salvación a los solícitos cuidados de una distinguida familia, a quien el señor Stiven, revólver en mano, había favorecido en la estación, cuando la primera expedición del coronel don Aristides Martínez, a principios de Enero.

Durante su permanencia el capellán, en sus viajes al hospital, procuraba indagar lo que hubiera de verdad en las bombásticas noticias que circulaban en el pueblo ya del bombardeo de Arica y muerte del comandante Thompson, ya de las correrías de la "Unión" y hazaña del comandante Villavicencio, ponderando él por su parte el valor y empuje irresistible de nuestros soldados y el fabuloso número de nuestros cañones y ametralladoras. También le fué dado venerar en la iglesia parroquial a la Virgen Mártir Santa Fortunata, cuyo cuerpo, al abrir la urna, exhalaba el más exquisito aroma, lo que, según le aseguraron personas caracterizadas, sucedía siempre.

Como, a pesar de la orden que se había dado de romper todas las pipas de las innumerables bodegas, la permanencia de la tropa se hacía difícil por la imposibilidad de agotar por completo el licor, luego se comenzó el repliegue hacia Pacocha, en donde se hacían los últimos preparativos de marcha sobre Tacna.

La nueva campaña se iniciaba pues del modo más feliz, sin contratiempo de ningún género, hallando todo a la mano. En el puerto, un magnífico muelle de fierro con su correspondiente grúa, agua en abundancia, un taller mecánico completo, y un ferrocarril con sus líneas intactas, y con sus máquinas y carros que el señor Stiven con los útiles que se había llevado en la primera expedición y vuelto a traer ahora, en pocos días dejó completamente listo. En un mes, las tropas habían llegado hasta Torata, pueblo situado a 2.094 metros sobre el nivel del mar y a treinta leguas de Pacocha, con sólo la pérdida de diez muertos, cuarenta heridos y cinco desaparecidos.

Parte de las fuerzas comenzaron a moverse partiendo de Hospicio, distante once leguas de Pacocha, por el camino de Locumba, a una larga jornada, de un viaje penoso, sobre todo por el hielo penetrante de la noche. Al llegar al valle, se divisa el río que corre encajonado entre cerros de 30 a 150 metros de elevación, variando su anchura entre 200 a 500 metros de terrenos que, a causa de los pantanos que desarrollan tercianas y fiebres malignas, los hacen casi incultivables. La población estaba completamente abandonada, las casas cerradas, de manera que el capellán tuvo que alojarse en el primer reparo que encontró de una pieza con las puertas desvencijadas, en medio de un rimero de sacos, y enteramente abierta a la calle; lo que fué verdaderamente providencial, pues tarde de la noche llegó pidiendo hospitalidad el capitán de caballería señor Canales, que hacía varios días estaba de avanzada y venía tan enfermo que, apenas hubo tiempo para confesarlo y administrarle la Extremaunción, falleciendo en seguida.

No tardó el pueblo en convertirse en un verdadero hospital, habilitándose la iglesia, cuyo presbiterio se separó por medio de una cortina. Era éste un santuario consagrado al "Señor de Locumba", y a juzgar por el aspecto del templo, debía de haber gran devoción. Así lo manifestó una anciana casi octogenaria, que no había querido moverse de los alrededores. Preguntándole el sacerdote la causa, le dijo sollozando:—"¿Cómo había yo de abandonar a mi Amo?" Es de advertir que, el santo Cristo milagroso, estaba colocado en lo más alto del altar mayor, llamando la atención que el Cristo hubiese desaparecido, quedando únicamente la Cruz. Entonces la anciana refirió cómo ella se había trepado y lo había desenclavado y lo tenía enterrado junto con los vasos sagrados, secreto que el capellán, por cierto, bien se guardó de revelar, admirando la ejemplarísima piedad de aquella buena mujer; la que también refirió que, cuando joven, había habido otra invasión, refiriéndose quizás a la de los españoles el año 1823, y que el santo Cristo la había anunciado con un sudor copioso que ella por sus ojos había visto; prodigio que se había vuelto a renovar ahora, de manera que, mucho antes que llegaran nuestras tropas, ya ella se preguntaba:—"¿Qué nueva desgracia nos irá a acontecer?"

Antes de partir con dirección a Sama, que dista más de veinte y siete leguas, el comandante Ortiz del Buin, convidó a almorzar al capellán, en la misma casa donde fué sorprendido el teniente coronel don Diego Dublé Almeida, en la celada que le armó el coronel Albarracín el 1.º de Abril, día en que el teniente coronel, con su ayudante el capitán Rojas, el alférez Luis Almarza y veinte y dos Cazadores, llegaban como exploradores a la plaza, donde un individuo disfrazado de sacerdote, le convidó con las mayores instancias a tomar un almuerzo en la susodicha casa, en una pieza que da a la calle, con un corredor y baranda, donde dejó atado su caballo al cuidado del sargento Espinosa.

Con el objeto de reconstituir la escena, el capellán se sentó en el mismo lugar que ocupó el señor Dublé, es decir, atracado a la pared en un rincón, y el comandante Ortiz al frente, donde estuvo el del disfras, que, bajo distintos pretextos, a cada instante se levantaba e iba al interior, hasta que el sargento gritó a la puerta:—"¡El enemigo, mi comandante!" Y al mismo tiempo resonó afuera una descarga de fusilería, saltando el señor Dublé por encima de la mesa, en medio de otra descarga que se le hizo desde el interior, y cortando con su navaja el lazo del caballo que se encabritaba con los disparos y confusión indescriptible que reinaba, se lanzó a escape seguido del sargento, en medio de las balas que disparaban de las viñas vecinas, salvando milagrosamente con el caballo herido. De los veinte y dos Cazadores, volvieron ocho, quedando otros tantos prisioneros con el capitán Rojas y los demás muertos o desaparecidos.

La víspera de la partida, volviendo el capellán de visitar los en-

fermos, ya entrada la noche, con un farol en la mano, al atravesar la plaza que va cuesta arriba, uno de los Cazadores de un grupo que llegaba, creyendo fuese el cura peruano, a quien se atribuía la celada, se abalanzó desenvainando su sable, y si otro de los soldados no le grita nombrándole al sacerdote, le raja la cabeza en dos mitades:— “Perdone, mi capellán, creí que era...” — “Sí, sí, ya te conozco, exclamó él alzando el farol, eres tú el mismo que el otro día de un caballazo echaste abajo la puerta de la botica, y me dijiste que andabas buscando té, y te estabas empinando un frasco de espíritu de vino”. — “¡Ei é! La acertó, mi capellán, como que todavía me arde la lengua como si fuera un *descosío*”.

La marcha sobre Sama, o sea el campamento de Yaras, se hizo de noche, para evitar el ardiente sol de aquel desamparado desierto, igual a todos los que ya llevaba recorridos el Ejército, páramos de los cuales es imposible formarse idea. Aquello aparece como un mar en donde se dibujan las olas encrespadas en medio de las arenas y calichales que hacen horizonte, presentándose a cada instante los espejismos, en que se ve azulear el agua que nunca se alcanza. ¡Ay del que se extravía o queda rezagado! Daba lástima ver a los pobres soldados con los pies despedazados y envueltos en trapos, mientras otros caían aletargados. Y luego, al llegar la noche, aquella brusca transición a un frío que penetraba hasta los huesos; y tener que andar y andar siempre con el arma al brazo, afiebrados, muertos de cansancio y de hambre, sin más ración que una caramayola de agua que con el calor parecía hervir como tetera, y un poco de harina y charqui. ¡Oh! jamás Chile comprenderá el heroísmo de aquellos generosos soldados y los inmensos sacrificios que se impusieron hasta rendir muchos la vida no tanto por las balas, cuanto por las fatigas de aquellas interminables jornadas, en aquellas desoladas regiones por donde parecía haber pasado la maldición del ciclo. No es de extrañar pues que, concluida la guerra, todos los que formaban parte de ese Ejército incomparable, hayan tenido que pagar su tributo a las enfermedades contraídas en tan penosa campaña.

IV

TACNA

Poco a poco las distintas divisiones habían ido reuniéndose en Yaras; unas por Locumba, y otras, entre éstas la artillería, con todo el material pesado de bagajes, municiones y provisiones, por la Ca-

leta de Ite, pues el otro camino, a causa de los médanos, resultó impracticable. Como se comprende, hubo necesidad de un esfuerzo, constancia y actividad a toda prueba, para llevar a cabo una empresa que los mismos enemigos juzgaban irrealizable.

Al fin, el 22 de Mayo, estando ya todo listo, el general Baquedano, con el Estado Mayor y un buen número de jefes y oficiales, practicó un reconocimiento de las posiciones que ocupaba el enemigo, para apreciar el número y alcance de sus cañones y estudiar los más importantes puntos para el ataque, acordándose la partida del Ejército para el día 25.

Esa última noche fué de un trabajo enorme para el capellán. Su carpa se había transformado en capilla, pues eran muchos los que se querían reconciliar; y, ya más avanzada la noche, cuando la camanchaca con su manito de hielo todo lo envolvía, como un fantasma, iba de puesto en puesto, en busca de los que, estando de guardia, no podían acudir a él. Vuelto a su carpa, presentóse, embozado en su gabán, un joven capitán del Valparaíso:—"Capellán, le digo, vengo a confesarme, porque mañana voy a morir".—"¿Y por qué ha de ser Ud. y no yo, replicó el sacerdote, puesto que el mismo peligro vamos a correr?"—"Nó, nó, repuso él, es que yo siento que esto es cierto, evidente; y, por tanto, quiero morir como cristiano". ¡Qué escena, santo Dios! en aquellos momentos supremos, en que ya parecía oírse el fragor de la fusilería, el estruendo de los cañones, y en que hasta el ambiente parecía estar impregnado de pólvora.

Cerca del amanecer, celebró la santa misa. El altar era formado por unos sacos de frazadas, el crucifijo que siempre llevaba sobre su pecho, y un pequeño cuadro de la Santísima Virgen del Perpetuo Socorro, que había hecho prodigios en las misiones de Antofagasta; las velas eran dos diminutos *pinzotes* de cera retorcidos en unos pedazos de cáñamo; y el templo, aquella carpa, cuya tela con el viento casi le tocaba la cabeza. Y en medio de aquel desmantelamiento, sólo comparable al del establo de Belén, aquella majestad, aquel silencio y el recogimiento profundo de todos los oficiales y soldados que, con el alma palpitante, se acercaban a comulgar. ¡Oh, qué grande, qué divina aparecía ahí nuestra sacrosanta religión! Incredulos, ateos, blasfemos, y vosotros todos los que os burláis y os jactáis quizás de haber renegado de esa fe que recibisteis en el regazo de vuestras madres, contemplad este cuadro que la pluma no alcanza a dibujar, y con los ojos cuajados por las lágrimas, ya parece se os ve caer de rodillas ante ese hombre en cuya frente se vislumbra como un destello del cielo, pues en sus manos temblorosas os presenta a Cristo, al Hijo de Dios vivo que un día os ha de juzgar.

A las diez en punto, las trompetas daban la señal de partida. La marcha se hizo con calma y sin tropiezos. Durante algunos instantes, el general Baquedano, que recorría las filas en su hermoso caballo tordillo negro plateado, departió amigablemente con el capellán, que cabalgaba a su lado, acerca del nuevo triunfo que ya parecía sonreír a nuestras armas.

Cerca de las cinco, las primeras divisiones acampábanse sobre las lomas que dominan la Quebrada Honda, a dos leguas del enemigo. Cuando entró la noche, oscurísima por la densa niebla, el sacerdote, prodigando sus cuidados a tres arrieros que, sorprendidos por un piquete de caballería, habían sido heridos, se encontró solo, siguiendo adelante a la buenaventura, tropezando luego con un pobre soldado que se retorció con los espasmos de las tercianas, el que se echó a las ancas, y, guiándose por una luz que aparecía a distancia, fué a rematar al batallón Coquimbo, donde pudo tenderse y dormir un rato, pues, como a las dos de la mañana, comenzó el tiroteo de nuestras avanzadas contra una división enemiga que había tratado de sorprendernos, pero felizmente se extravió de tal suerte que, al amanecer, aun se divisaban los batallones que a gran prisa se replegaban sobre sus trincheras, mientras nuestra artillería les picaba la retaguardia con unas cuantas granadas. Una hora más tarde, el Ejército principió a avanzar en línea de batalla, y ya a distancia de tres mil metros, la artillería enemiga rompió sus fuegos; nuestras guerrillas toman el orden oculto y el ejército hizo alto, siguiéndose un duelo de cañón de cerca de una hora.

Durante este tiempo, el capellán se hallaba junto a un escuadrón de caballería, que había tomado prisioneros esa mañana a un capitán, un cabo y tres soldados, que dieron noticias muy exactas de las fuerzas de los aliados. El comandante don Wenceslao Bulnes y varios oficiales tendidos en el suelo hacían su rancho:—“Venga, capellán, hay que reforzar un poco el estómago para todo el día.—“Comandante, permítame más bien sus anteojos para observar el efecto de nuestros cañones” y desmontándose y apoyando los anteojos en su montura, estuvo contemplando cómo las balas iban a dar de lleno en las trincheras, mientras las de ellos que se veían venir, como pájaros en veloz vuelo, se enterraban en la arena sin producir el menor daño; tomando entonces su breviario, con la mayor tranquilidad, se puso a rezar el oficio íntegro de aquel día. Momentos después le rodeaban los oficiales del Esmeralda:—“¿Qué dice, capellán?”—“¿Qué he de decir? sino que acabo de rogar a Dios y a nuestra Madre Santísima que bendigan nuestras armas. Y fíjense Uds. que hoy es Miércoles, día consagrado a Nuestra Señora del Carmen, y todos nuestros principales triunfos han sido siempre en día Miércoles: rendición del Huáscar, Pisagua, Dolores”.—“¿Sabe que tiene razón? Esto nos da más ánimo; pero, como también podemos caer en la contienda, usted va a ser nuestro depositario”. Y, así diciendo, comenzaron a entregarle cartas, retratos, dinero;

por lo cual sacando su cartera, comenzó a tomar nota de aquella especie de testamento solemne, cariñoso y tierno, en que iba envuelto el último recuerdo ya para una madre, ya para una dulce niña.—“Pero, amigos, les dijo al fin conmovido, ¿acaso yo voy a ser invulnerable?”—“Capellán, a usted lo respetarán las balas”.

Nuestra artillería había cesado de tronar, pues el enemigo había apagado sus fuegos; se había dado a la 1.^a división la orden de ataque sobre el ala izquierda; el capellán clavó las espuelas y se lanzó adelante de las filas que se desprendían ya del resto del Ejército, y, pidiendo la venia a los jefes, se descubrió reverente e impartió la absolución general al regimiento Esmeralda, y a los batallones Navales, Valparaíso y Chillán que, de rodillas como la *Legión fulminante*, rendían armas y luego lanzaban al aire sus quepis con un atronador ¡viva Chile! de adiós a la patria, por la que muchos iban a rendir la vida.

La división entera, formada en dos líneas, al mando del coronel Amengual, avanzó entonces resuelta, precedida por el Valparaíso que, desplegado en guerrilla, al encimar una loma, recibía las primeras descargas de un nutrido fuego de fusilería, entrando en el acto en combate la primera línea, que se fué a estrellar contra la mayor parte del ejército boliviano, oculto en magníficas posiciones; por lo que la segunda línea se lanzó también a paso de carga, trabándose un duelo a muerte a cuarenta metros de distancia, apoderándose en pocos minutos de la primera trinchera, cuyos fosos quedaron cubiertos de cadáveres; no así la segunda, con una resistencia tenaz de más de una hora, y con la necesidad absoluta de tomar la tercera posición:—“¡Guía al centro! guía al centro!” era la única voz que se percibía, como orden de estrechar las filas, que iban raleando de una manera espantosa, pues allí quedaban Cocks, Ovalle, Pinto, Ureta, heridos, y Guerrero y Montalva, muertos, del Esmeralda; Urriola, Carvallo, Beytía, Simpson, Délano, Valdivieso, García, heridos, y Gillman, muerto, de los navales; Arredondo, Jiménez, Rosas, Borne, Yavar, heridos, y Jarpa, Urrutia y Reyes, muertos, del Chillán; Sanhueza, García, Artiga, Ferreira, heridos, y Olguín, muerto del Valparaíso.—“¡Ah! noble capitán, albrá venturosa, cuyas últimas palabras como un eco de la otra vida, aun parecían repercutir en medio del fragor del combate:—“Mañana voy a morir, y quiero morir como cristiano!”

En aquel momento crítico faltaron las municiones, cuando ya nuestros soldados se apoderaban de los cañones y los volvían contra los mismos enemigos. Aquella falange heroica se hallaba entre dos fuegos, pues pasaban por encima las granadas de una de nuestras baterías, algunas de las que reventaban en el aire como bandadas de golondrinas, en tanto que otras piezas de artillería, enterradas en la arena, empujadas por los soldados, de los que unos sin quepis, otros desabrochadas las casacas, atada la cabeza con pañuelos, aferrados a las ruedas, ayudaban al impulso de los caballos, mientras

los ayudantes del Estado Mayor, corrían a escape cortando los fuegos, llevando cajas de municiones. Y, volviendo la vista atrás, como buscando un socorro, las tropas de la reserva se divisaban allá a lo lejos, perdidas entre las ondulaciones del terreno; de suerte que, mientras llegaba el refuerzo, podían ser barridas nuestras filas bajo aquel furioso torbellino de balas. Entonces el capellán, echando pie a tierra, se arrodilló en medio del campo con los brazos en cruz como Moisés. Un escuadrón de Granaderos atacaba en esos momentos por el flanco izquierdo, desorganizando los batallones enemigos, que comenzaron a retroceder ante el repentino avance de la Brigada de Marina; que llegaba en apoyo de nuestra diezmada división, mientras el resto de la 3.^a junto con la 2.^a, batiéndose como leones, rompían por el centro, haciendo pagar caro al Ayacucho, Zepita y Arequipa sus crueldades de Tarapacá, en tanto que la 4.^a, compuesta del Lautaro, Zapadores y Cazadores del Desierto, flanqueaban el ala derecha, apoderándose del reducto, y, cargando a la bayoneta, se posesionaban de las últimas trincheras.

De nuevo en su caballo, por unos instantes, sólo por unos instantes, el sacerdote se convirtió en soldado, y con su manta blanca y su estola morada al cuello, envuelto en un pelotón que se rehacía:—“¡A la carga! repetía ¡a la carga!” Las trompetas rasgaban al aire con sus vibrantes y bronceadas notas, en tanto que el cañón, con sus últimos estampidos, ponía el sello a la más espléndida victoria, pues, desalojado por fin el enemigo de todas sus formidables posiciones, huía ahora despavorido, deshaciéndose sus escuadrones, como nubes desgarradas por un violento huracán. Cuadro más grandioso, la imaginación más exaltada no lo alcanzará a columbrar jamás.

Eran cerca de las dos de la tarde; el campo quedaba sembrado de cadáveres y de heridos: como quinientos de los nuestros muertos, y mil quinientos heridos, y más de mil muertos de los aliados y mayor número de heridos. Comenzaba la tarea más triste y abrumadora que darse puede. Los heridos alzaban sus rifles para llamar la atención y que fueran en su auxilio. Era preciso ir uno por uno, administrándoles la Extremaunción, ungiéndolos en la frente, y tomando nota de sus encargos y últimas disposiciones. Imposible describir aquellas escenas de dolor y de resignación cristiana de aquellos hombres de acero con almas de niños. ¡Nobles soldados! ¡héroses anónimos, de quienes no se conserva ni siquiera el recuerdo, pero a quienes Dios, sin duda, ya ha galardonado, por haber vertido su sangre y dado su vida por la patria!

Exhaustas sus fuerzas con las tremendas impresiones de aquel día, al llegar la noche, solo en aquellas colinas, donde imperaba la muerte con todos sus horrores, el sacerdote elevó al cielo una plegaria, apareciendo al punto una carpa que; a pesar de la densísima oscuridad, él veía rayada de azul y blanco, con una *media-agua* a modo de corredor. A la entrada, había un montón de hojas de maíz: —“Para mi caballo”, se dijo, y, quitándole el freno, lo dejó ahí atado. Hacia la derecha, había un catre de campaña con sus frazadas dobladas:—¡“Bendito sea Dios! exclamó, para el pobre pollino que ya no puede más”, y se dejó caer como en un lecho de plumas. En ese momento se sintió el trotar de un jinete que luego se detenía:—“¡Adelante, que aquí al menos hay abrigo!” Una voz conocida contestó desde afuera—“¡Vaya! se dijo, era lo único que faltaba, alguien que me resguardara”. Y, así diciendo, se quedó profundamente dormido, viniendo a despertar con el chisporroteo de una fogata que iluminaba toda la carpa. Un chino estaba en cuclillas cerca del fuego, y, al ver que el sacerdote se despertaba:—“*Compale*, le dijo *¿quéle café?*”—“Bueno, *compale*”, contestó el capellán, tomando a dos manos la cantimplora que le presentaba el chino y que se bebió con delicia. Cuando despertó por la mañana, el chino se había ido; tampoco estaba el jinete; sólo quedaba el fuego que ya se consumía, y el caballo que masticaba tranquilamente las últimas hojas de maíz.—“*¡Buén dar*, exclamó el capellán, esto sí que es curioso!” Y, así diciendo, se arregló las polairas, se calzó las espuelas, puso el freno a su caballo, y, tirándole hacia afuera, comenzó a contemplar el campo a fin de orientarse donde se hallaba. La camanchaca se había disipado, brillaba el sol del *Corpus Christi*, el gran día de la divina Eucaristía; absorto, avanzó unos cuantos pasos; cuando volvió a mirar hacia atrás, la carpa había desaparecido!!... Bendiciendo a Dios, que de una manera tan admirable había manifestado en él su infinita misericordia, comenzó a recorrer las apretadas filas de los cadáveres, que aparecían como gavillas segadas por la hoz, auxiliando a algunos que aun respiraban, mientras allá, en los faldeos que conducen a Tacna, los clarines de la diana, saludaban al general don Manuel Baquedano, cuya fiesta se celebraba, con los parabienes del gran triunfo.

V

EL ESTÁNDARTE DEL 2.º—DIVERSOS SUCESOS NOTABLES

La noche volvió a sorprender al capellán en medio del campo, desde donde ya se había principiado el transporte de los heridos. Esta vez, cúpole al señor don Rodolfo Castro, comandante del 3.º,

obligarlo, ocultándole su cabalgadura, a alojarse en el vivac del regimiento, siguiendo al amanecer hacia Tacna, yendo a hospedarse en casa del señor cura, sacerdote español que lo recibió más por fuerza que de gana, pues era acérrimo enemigo de los chilenos, quienes, si le sorprenden unas proclamas impresas, que fueron quemadas, le habrían hecho pasar un mal rato.

El pobre capellán llegaba medio muerto, con una fiebre que lo devoraba y, en tan mísero estado, le era preciso ayudar a atender los centenares de heridos que gemían en los distintos hospitales de sangre que se habían improvisado. En medio de esas angustias, un pensamiento lo dominaba: el Estandarte del 2.º su Regimiento en Caracoles. Aquello era como una obsesión que le asediaba de día y de noche, de tal suerte que todas las mañanas, al ir a celebrar en la iglesia parroquial de San Ramón, se quedaba suspenso, como sabueso que olfatea, llegando siempre a la misma conclusión: “¡El Estandarte está aquí!”

Así pasaron algunos días, hasta que una tarde cerca de las dos, volviendo de sus ordinarias tareas, se había recostado un instante en un sofá de la antesala, pensando en el telegrama que pondría al general Baquedano una vez que se hubiese hallado la gloriosa insignia, cuando golpearon la mampara. Fué aquello como un resorte que le hizo lanzarse hacia el capitán don Enrique Munizaga, que era el que llegaba preguntando por el cura, pues se habían tenido noticias en el cuartel general de que él podría dar alguna luz acerca del paradero del Estandarte. De un tranco ambos llegaron a la presencia del señor cura, quien, una vez impuesto de lo que se trataba y persuadido de que, a pesar de sus reiteradas protestas, había que tomar una determinación, concluyó por aceptar lo que el capellán le propuso, de permitirles un registro en la iglesia de San Ramón, haciéndose él responsable de cuanto pudiera ocurrir. Al despedirse el señor Munizaga, y mientras atravesaban el patio, el capellán le dijo que procurase llevar dos soldados y que le iba a esperar en la puerta del templo. Es de advertir que la casa parroquial distaba algunas cuabras de la iglesia, que estaba cerrada a esas horas y las llaves en poder del sacristán, a quien el señor cura dijo iba a hacer llamar, para ordenarle fuese a abrir, bajo el pretexto de un bautismo.

Al llegar al templo, como el calor era sofocante, el sacerdote comenzó a ir y venir bajo la sombra de los árboles, pasando en ese instante a caballo el jefe de la Ambulancia Valparaíso:—“¿Qué está haciendo aquí, capellán?”—“Tomando el fresco”, le contestó, dirigiéndose incontinenti a la iglesia que ya abría el sacristán, un cholo mal agestado que había caído prisionero y cuya libertad había obtenido el mismo capellán.

El cholo, todo receloso, comenzó a arreglar la lámpara del Santísimo, en tanto que el sacerdote se arrodillaba entre unas bancas, y el capitán Munizaga, seguido de un sargento y de un soldado del Lautaro, como sombras se escurrían tras de la mampara. Los ojos

del cholo no se despintaban del capellán, que permanecía inmóvil, mientras el capitán no acababa nunca de santiguarse en la pila dei agua bendita. Al fin el cholo, paso a paso, volvió a atravesar la iglesia y se retiró. Al punto el sacerdote haciéndose dueño de la situación:—“¡Aquí!” dijo el soldado, y corriendo el cerrojo del portón:—“¡Firme en su puesto! y no se abre a nadie, aunque sea el mismo general”. Dicho esto, se adelantaron hacia el altar mayor, el capellán al centro, el capitán Munizaga a la derecha y el sargento a la izquierda. Al entrar al presbiterio, el sacerdote se arrodilló y con voz trémula:—“Perdona, Señor, dijo, lo que vamos a hacer, pero se trata de la patria”; y, alzándose resuelto, como si una mano invisible lo guiara:—“¡A la derecha!” dijo, señalando la puerta al lado de la epístola que enfrentaba a la sacristía, la que, como no cediese a la fuerza que, con su yatagán, el sargento hacía, los tres a un tiempo poniendo el hombro, la abrieron, soltándose la cerradura.

Era aquél un almacén hacinado de objetos del culto. El capellán, después de registrar un baúl que estaba más a mano lleno de ornamentos, dió orden al sargento de quitar una imagen de bulto que estaba en el fondo, sobre una gran caja de esas antiguas. El sargento se adelantó y, tomando en peso la imagen:—“Ángel mío, le dijo, no hay remedio, *tenis* que entregar el Estandarte”. El capellán alzó la tapa y se arrodilló para sacar mejor unos dos o tres almohadones, hallando debajo del último un saco de brin, que dejaba en descubierta la punta de una cinta tricolor. Eneajó al punto los dos brazos y, abriendo violentamente el saco, apareció el Estandarte. Aquello no se alcanza a describir: sacerdote, capitán y sargento, sin poder contener las lágrimas:—“¡El Estandarte! ¡el Estandarte!” repetían besándolo y abrazados de él. Pasado el primer momento, el capellán, desabotonando su sotana, se forró con él:—“Ahora, capitán, parta Ud. a Arica a dar cuenta al general; y Ud., sargento y soldado, a su cuartel, mientras yo voy a hacer entrega al Estado Mayor”; y sin volver la vista atrás, comenzó a cruzar las calles, llegando al fin casi sin aliento, de tal suerte que al verle los jefes y oficiales:—“¿Qué sucede, capellán?” y él, sin contestar, desabrochando a dos manos su pecho, les mostró la estrella plateada de la preciosa reliquia de que era portador.

Vuelto a la casa parroquial, el cura y el cholo le aguardaban con ansiedad en el zaguán:—“¿Qué hubo del bautismo? preguntó melosamente el español.—“¿Qué bautismo, ni que nada? ¡el Estandarte, que lo tenemos en nuestro poder!” Ni una bomba que hubiese estallado: el cura palideció retrocediendo, y el cholo apretó los dientes con los ojos encarnizados. No se cruzó una sola palabra más, pero, como a la una de la mañana, llamaron violentamente a la puerta de calle; el capellán salió a abrir, buscaban para una confesión; el cura se excusó, diciendo que se sentía indispuerto; él entonces se ofreció, mas con cierto recelo; por lo que, al pasar por un cuerpo de guardia, pidió un soldado armado, lo que visto por el mensajero,

apuró el paso, torciendo por una encrucijada hasta llegar a una puerta por donde desapareció. La estancia estaba sola, con tres catres unidos por una cortina pendiente de un cordel que los cubría por los pies; en la pared humeaba una lámpara de petróleo. El capellán se trepó arriba de los catres y a puntapiés deshizo una figura de trapos que representaba al enfermo:—“¡Hola! hé!”—“Mi capellán, dijo el soldado, retirémonos, ésta es una celada”, y, preparando su rifle, se colocó a retaguardia.—“¡Buena la escapada! decía, volviendo a su cuartel; estos malditos cholos no escarmentarán jamás”.

Al día siguiente, el cura, que aun continuaba en cama:—“Señor capellán, le dijo, yo necesito un salvoconducto, un papel, un algo que me sirva de resguardo; pues, estando Ud. alojado en mi casa, es claro que toda la responsabilidad pesa sobre mí, y quién sabe lo que pueda acontecer”.—“Pierda cuidado, le contestó el capellán, hoy mismo me traslado a Arica, y traeré lo que Ud desea”.

En efecto, poco después tomaba el tren hasta el río Azufre, cuyo puente había sido volado, siguiendo con otros oficiales en un carro de manos hasta llegar al puerto, y volviendo en la tarde con una supuesta orden de allanamiento, firmada por el coronel Lagos, papel que, al llegar a Arequipa, libró al cura que iba a ser enjuiciado. Al día siguiente, el capellán, sintiéndose del todo incapaz de seguir atendiendo a los heridos por la violencia de la fiebre, se despidió del señor cura y partió de nuevo hacia Arica a fin de embarcarse hacia el Sur.

Alojado en la Aduana entre un rimero de sacos, junto con el coronel Valdivieso, que era el jefe de la plaza, todas las mañanas, en medio de una nube de estornudos, resonaba la voz imperiosa del coronel, llamando al ayudante a fin de que fuese a sacar multas para la compra de provisiones. Un día se presentaron dos cholos litigando por un burro; el coronel oyó la querrela y, luego, alzándose repentinamente:—“¡Y peruanos, dijo, y peleando por un burro! Agradézcan que no los rajo a punta de palos!” Y, mientras los cholos huían despavoridos, el coronel, que tenía un alma de paloma, se reía a más y mejor en medio de otra tunda de estornudos.

Algunos días después, molestado cada vez más por la fiebre, partía para Iquique. Alojado en la parroquial tuvo que soportar toda la noche, en medio de angustias mortales, la atroz jarana de la casa vecina, donde se desarrollaba una orgía descomunal:—“Ya me la van a pagar”, se dijo; y, apenas amaneció, se trepó al campanario:—“Ahora me toca a mí”, y tras, tras, campanazo va y campanazo viene. Alborotóse el pueblo, creyendo que fuese incendio, hasta que el señor don Patricio Lynch, impuesto de lo que ocurría, dió orden terminante para que aquella casa fuese al punto desalojada. Pocos días después el capellán se embarcó para Valparaíso.

Iba a comenzar la campaña final, cuyo objeto era Lima. El sacerdote, ya convaleciente, se dirigió a Curicó a despedirse de uno de sus hermanos. El día de su regreso, muy de mañana fué a celebrar la misa en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, que es hoy de los RR. PP. del Corazón de María, dirigiendo a la Santísima Virgen una fervorosa súplica, en la cual le pedía: "Que si no era la voluntad de Dios que volviese a la guerra, sin darse él cuenta, una enfermedad repentina se lo impidiera". Vuelto a Santiago, estando arreglando su maleta, pues, de acuerdo con el capellán mayor señor Fontecilla, habían fijado ya el día de la partida, súbitamente se vió atacado de las tercianas, ese mal terrible que tantas víctimas ocasionaron en el Ejército.

El mal siguió adelante violento y tenaz, y, mientras del norte llegaban los ecos de las grandes victorias de Chorrillos y Miraflores, él, casi moribundo, hubo de trasladarse a Panimávida. Hacía más de quince días que ahí permanecía, siempre en el mismo estado, cuando una tarde se presentó un campesino solicitando le fueran a auxiliar una enferma. Como todos los sacerdotes que ahí estaban, y que eran varios, se excusaran, él se ofreció, aceptando la pobre cabalgadura que el campesino había traído con este objeto. La distancia era mucha y la noche ya se venía encima. Al fin llegaron al pajizo rancho donde agonizaba una anciana. Una vez que la hubo auxiliado y consolado:—"Manita, le dijo, ¿hagamos un convenio?"—"El que Ud. quiera, mi padre".—"Ya ve que se va a morir".—"Así es pues, mi padre".—"Pues bien, llévase mis tercianas, que yo la encomendaré a Dios".—"¡Cómo nó, mi padre! con todo gusto, mi padre!" La anciana voló a la eternidad, y el sacerdote, cuando llegó al hotel, estaba completamente sano, de tal suerte que el día siguiente, en medio del asombro general, partió para Santiago. Ya en el coche, el señor Carmona, doctor del establecimiento, se acercó a la ventanilla encargándole una y mil veces recomendase a los jefes y oficiales las aguas maravillosas de los baños, a lo que el capellán, sonriendo, mientras el coche se alejaba:—"Sí, sí, maravillosas, decía, señalando el cielo: ¡la vieja! la vieja!"

Poco después el general Baquedano hacía su entrada triunfal en Santiago. Una de sus primeras visitas fué al capellán en el Seminario y, al estrecharle entre sus brazos:—"Capellán, le dijo, le aguardé hasta la víspera de las batallas, porque deseaba que Ud. y no otro hubiese entregado el Estandarte del 2.º al Regimiento; pero, ahora lo felicito, *porque si Ud hubiese ido, habría quedado en San Juan*". Entonces el sacerdote vino a comprender la tierna bondad y misericordia de la Santísima Virgen, al oír favorablemente la súplica que le hizo ante su altar, de la súbita y tenaz enfermedad, como también de su milagrosa curación.

Habían transcurrido algunos años; el capellán no se olvidaba del glorioso Ejército y, en todos los aniversarios de los distintos hechos de armas, adornando el altar de su iglesia con trofeos y banderas, narraba entusiasmado los pormenores de aquella homérica campaña. Aconteció entonces que un 26 de Mayo, en que con el más vivo colorido, describía y comentaba la batalla de Tacna, al volver a la sacristía, se encontró con el general que, abrazándole enternecido:—“Capellán, le dijo, con un fondo de amargura, *Ud. es el único que se acuerda de estas glorias de la patria*”; y luego, desabotonando su casaca y mostrándole una medalla de la Santísima Virgen, pendiente de su cuello de una cadenilla de oro:—“Aquí TIENE, agregó, A LA QUE DEBEMOS TODOS NUESTROS TRIUNFOS”.

¡Noble y pundonoroso general, cuyo mérito la nación aun no ha sabido apreciar como es debido! Nombrado comandante general de caballería al comenzar la guerra (10 Abril 1879); en Pisagua, secundando al señor don Federico Stuen, que repartía el agua resacada que los soldados sedientos se disputaban; poco después, no hallando dónde desplegar la energía que rebotaba en su alma, todavía parece se le vé en la oficina “Porvenir” pasar como una sombra, sentado en la carbonera de una locomotora, con los brazos cruzados sobre el pecho, agobiado al parecer por una tristeza profunda; y, de repente, elevado al primer puesto del Ejército, en pocos días, pasó a ser el ídolo de los soldados, de tal suerte que su nombre los enardecía y les daba una confianza ciega en los combates. Militar desde la cuna y sagaz conocedor de la gran comedia que se representa en el mundo:—“*Farsa! farsa!*” repetía cada vez que la adulación o la lisonja pretendían alucinarlo con sus arrullos Bondados con sus subalternos, no transigía, sin embargo, jamás, en que se quebrantara en lo más mínimo la Ordenanza; y, así, no cesó de poner atajo al abuso de los civiles, o sea de los *Cucalonés*, en querer revestirse con las insignias militares:—“*Cucalón, bastón, deca; Militar, espada*”. Por naturaleza, sobrio y modesto en manifestar su opinión, le gustaba siempre consultar y oír los diversos pareceres, sorprendiendo, no obstante, a veces con sus resoluciones rápidas e irrevocables. Así aconteció que, el día antes del combate de los “Ángeles”, desde un mirador en el “Alto de la Villa”, después de observar por última vez con sus anteojos el campo que acababa de explorar:—“Atacama, dijo, señalando el flanco derecho de las trincheras; división Muñoz, flanco izquierdo, por Tumilaca; de frente, guerrillas del Santiago y Bulnes; artillería; caballería”, fijando matemáticamente los puntos de ataque y de seguro triunfo. Cerca de las dos de la mañana, como un vivísimo fuego de fusilería hubiese sorprendido a la retaguardia del Atacama, perplejo el comandante Martínez, envió a su segundo, el sargento mayor don Juan Francisco Larraín Gandarillas para que pudiese en su conocimiento lo acontecido, recibiendo *la orden perentoria* de no alterar en nada el plan concertado; gracias a lo cual y a pesar de las dificultades casi insuperables de

aquellos inaccesibles desfiladeros, al amanecer flameaba en lo alto nuestro glorioso tricolor.

En Tacna, como la sed devorase al Ejército, pues los arrieros que conducían las cargas habían sido sorprendidos y las pipas rotas, y algunos jefes se presentasen para hacerle ver esta gran necesidad:—*“¡Agua, agua! dijo, a beber a Tacna!”* Y esa misma noche varios jefes y oficiales de la 1.^a división, se sentaban en Tacna a la mesa del gran banquete que los jefes peruanos habían hecho preparar para celebrar su triunfo.

En él la piedad iba a la par con su modestia. Veíasele llegar de cuando en cuando al Santuario donde moraba su capellán, en un simple carruaje de posta. Iba a cumplir sus deberes de cristiano ejemplar, y, al retirarse, entregaba siempre una limosna:—*“Para sus pobres, decía, pero que nadie lo sepa”*.

Sin respeto humano de ningún género, y sin importarle un ardite el qué dirán, que a tantos y tantos amedrenta y doblega, asistía a misa todos los Domingos y días festivos, hombro con hombro con el pobre obrero, que lo amaba con delirio. Acaeció una vez en San Agustín que, al llegar el momento de la Consagración, como un señor muy pintiparado, permaneciese de pie:—*“¡Arrodílese Ud.!”* exclamó con una voz, que hizo postrarse más que de prisa al irreverente y mal educado.

Y, en el seno de la amistad y de la confianza, nunca se le ovó la menor palabra que no revelará un alma que rebosa la más ardiente fe y de una ternura indecible para con la Iglesia. Aun parece vérselo, en casa de sus amigos durante las vacaciones, en el campo, cuando la familia se espaciaba entre las avenidas de los jardines cubiertos de árboles frondosos y de flores, al caer la noche, insinuar él mismo a los dueños de casa, que era llegado el momento de hacer tocar la campana para ir a rezar el Rosario en el oratorio. ¡Qué ejemplo y qué enseñanza para los que hoy hacen consistir toda la grandeza y alteza, de lo que ellos tan pomposamente llaman el espíritu libre, en no creer en nada, en no practicar nada y en hacer escarnio y mofa hasta del mismo Dios!

Por fin, al llegar la enfermedad que lo llevó a la tumba, el sacerdote estuvo a su lado, administrándole el Santo Viático el día antes de su muerte. Al acercarse a su lecho, llevando en sus manos el adorable Sacramento:—*“General, le dijo, aquí está el General Supremo y Dios de los Ejércitos, que le viene a asistir en su último combate”*.—*“Sí, sí, repuso él, incorporándose sobre las almohadas; mi Señor y mi Dios!”* . . . La voz se ahogó en su garganta, mientras el sacerdote enjugaba furtivas lágrimas. Ya, al retirarse:—*“Mañana, le dijo con acento entero y firme, como el del que está acostumbrado a mandar, a las diez y media!”* Fiel a la consigna, a las diez y media en punto se presentaba el capellán para recibir su alma y entregarla al Creador.

Al terminar esta sencilla narración, dictada por el más acendrado y ardiente patriotismo, conviene tener presente que cada uno de los capellanes de aquel glorioso Ejército podría escribir iguales o mejores páginas, pues todos ellos supieron cumplir abnegadamente con su deber. Ya descansan en la tumba: Fontecilla, Ortúzar, Cruzat, Cristi, atacado de la fiebre amarilla asistiendo a los heridos en los hospitales de Lima; Madariaga, Valdés, Carrera, Fabres y otros más, como tantos y tantos de nuestros heroicos soldados que regresaron a la patria, para venir a morir víctimas de la enfermedad que, sin temor de exagerar, fué la que, durante toda la guerra, ocasionó el mayor número de bajas.

También de todo lo dicho, se deduce la necesidad imperiosa de poner enérgico atajo a ese desprestigio tan insensato e injusto, que algunos se afanan en inculcar en nuestro pueblo, en contra del sacerdocio, que debe ser siempre respetado, pues, bajo la humilde sotana o el tosco sayal, como queda ampliamente demostrado, palpitan corazones que son capaces de los más grandes y heroicos sacrificios; por lo que se impone el deber de amordazar esa Prensa innoble, que anda siempre a la pesca de todo lo que pueda servir para hacer resonar la trompeta del escándalo, como vociferan por todas partes los muchachos, con noticias sensacionales que, por lo general, no son sino lucubraciones mal intencionadas de almas bajas y ruines.

Lo mismo, por lo que respecta a nuestro Ejército, prez y honra de la nación, que algunos tachan y tildan, el que, Dios no lo permita, si la ocasión se presentara, por cierto que sabría ser émulo fiel y digno de aquel INCOMPARABLE del Norte.

¡Quiera el cielo que jamás por jamás las calles y plazas de nuestras ciudades, vuelvan a ser teatro de esas escenas y manifestaciones inicuas y desdorosas, de una juventud inconsciente y mal aconsejada por hombres criminales y perversos, a quienes todo el mundo señala con el dedo, y que son y serán para siempre el baldón de este privilegiado país.

¡Almas queridas de Prat, Latorre, Riveros, Baquedano, Escala, y vosotros jefes, oficiales y soldados de aquel heroico Ejército, venid, y con vuestras fulgurantes espadas, señalad a esa juventud a quien hoy se enseña a pisotear y a blasfemar de lo más sagrado y de lo más santo, sin exceptuar siquiera a nuestra Reina y Soberana, A QUIEN LO DEBEMOS TODO, que el único camino que hace al hombre verdaderamente feliz, y a las naciones grandes, respetadas y venturosas, es el que vosotros siguisteis, y es el que nos marca nuestra sacrosanta Religión!



